

## Sentido del Momento Actual

Por ALFREDO TRENDALL

El Fondo Universitario Nacional, hábilmente dirigido por el doctor José María Chaves, y el Instituto Colombiano de Sociología, presidido por el doctor Rafael Bernal Jiménez, acaban de publicar —en una pulcra edición de 214 páginas— las ponencias, documentos y recomendaciones del *Primer seminario colombiano sobre la enseñanza de las ciencias sociales en el nivel universitario*, reunido en Bogotá, del 2 al 7 de julio del año pasado. Como se sabe fue una reunión a la cual asistieron representantes de veinte centros universitarios de todo el país, además de los de dos universidades extranjeras y un asesor técnico de la UNESCO. De este modo, durante unas cuantas horas, un puñado de hombres egregios se dedicó a meditar en torno a asuntos de importancia social que, hoy, ocupan un lugar decisivo en el intrincado problema de lo que llamamos, vagamente, *mundo contemporáneo*. Conviene, entonces, que nos detengamos a valorar lo que este seminario significó, y —más que todo— lo que tuvo como indicio de un acontecimiento mucho más vasto al cual estamos asistiendo en Colombia: el paso de una cultura incipiente a una cultura madura. Para comenzar, aclaremos algunas cuantas perogrulladas:

Con frecuencia se cree que la cultura sólo se refiere a unos pocos espíritus selectos que viven aislados del resto, de manera que la cultura misma nada tendría que ver con el resto. Esto es un error y uno de los equívocos que padeció el siglo XIX en toda Europa. De él nacieron todos los extremismos de izquierda y de derecha. Por lo pronto, la cultura afecta al todo de una sociedad, por ende, sólo será auténtica en la medida en que llegue a todos sus rincones, y ello no por puro lujo o deseo de que se consiga un aspecto integral agrada-

ble o bonito. La cultura no es un adorno o aditamento accesorio dentro de la vida de una sociedad, sería confundirla con la simple civilización que es falsa, porque está de demás. Antes bien, la cultura surge como una necesidad urgente e inaplazable de la sociedad para dar solución a los problemas en los cuales la sociedad se halla —inicialmente— flotando y que no puede dejar sin arreglar a costa de desaparecer. Entre mayores sean los problemas será más alta la cultura que una sociedad produzca, si aspira a sobrevivir.

Pero lo anterior no se consigue de golpe, repentinamente. Para iniciarse, la cultura requiere entrar en contacto con los problemas que la ocasionan, y ello se logra por medio de la poesía que es aquella que —por estar en relación inmediata con lo problemático— crea el espacio para que, luego habite todo lo demás. Como otras veces lo he expresado, la poesía —en este sentido— no debe tomarse como la faena de hacer versos, mediocres u óptimos, sino —más antes— como un estremecimiento integral de la persona, de su corazón y su intelecto, en una vivencia inefable, ante el misterio profundo de que hay cosas ahí, en torno, mudas, problemáticas, a la espera de que el hombre —mediante esa vivencia poética— alumbre el ser de ellas, esclarezca su incógnita, y dé testimonio de su estricta objetividad. Sólo con ese trepidar de todo lo propio, el hombre trasciende a lo real. De ahí que en el drama vital de la verdad, de la verdad de las cosas en sí mismas, tenga que haber una atmósfera poética a cuya luz el mundo revela perspectivas que —en otro plan— permanecerían siempre ocultas. Luego sobre este supuesto poético —que garantiza una objetividad— empiezan a cristalizar la filosofía y las ciencias y, por último, la política. Cuando esta visión está cimentada sobre el catolicismo, la vivencia se hace más honda ya que aparecerá insertada en ese formidable acontecimiento que va del Génesis al Apocalipsis.

Ahora bien, en Colombia estamos pasando de una cultura en su estado germinal, cuyo horizonte no fue más allá de la filología, superficial, pero que —a pesar de eso— fue fecundo en lo más importante para su ulterior desarrollo, y para hacer de nuestra vida nacional algo de dimensiones mayores: la poesía. Sobre el fundamento de una espléndida tradición poética y católica, lo colombianos nos preparamos para una primera madurez cultural. La generación que hoy media entre los 40 y los 50 años, ha producido este esfuerzo hondo, callado, paciente, pero capital. Y dentro de ella, primordialmente,

aquellos que hicieron que en Colombia hubiese filosofía. Las minorías de esta generación se lanzaron a la conquista de lo objetivo desde bases filosóficas y científicas, más que poéticas, porque los problemas imponían métodos de mayor alcance. Para ello estas minorías ejecutaron una profunda tensión sobre sí mismas, (la *reditio completa* o *perfecta reflexión* en la que se fundó Santo Tomás), se alejaron de la incógnita en que se estaba convirtiendo la patria, para luego ponerse frente a ella y abarcarla en una visión totalista y metafísica. Y una etapa de ello, uno de esos instantes felices, lo constituyó el Seminario de Sociología de que ahora hablamos.

Localizado el sitio y los motivos que lo originaron, no hay que perder el paisaje en que actúa y esa línea del porvenir que, alborozadamente, se vislumbra. La hora que vivimos es extremadamente crítica. Si es cierto que nos aprestamos a un ensanchamiento pleno de nuestra cultura tendremos previamente que vérnoslas con problemas aún mayores. Jamás se ha pasado de un estrato cultural a otro superior, sin haber tenido que trasmontar dificultades que van desarrollando la capacidad humana y ampliando sus soluciones, su cultura. Según lo anterior, resultaría erróneo pensar que la problematidad cultural, de toda índole, que se dibuja actualmente, es un signo de decadencia o de retroceso. Es, sí, desde luego, signo de riesgo y de peligro, problemas económicos, políticos, etc., se ciernen cada día más sobre nosotros, pero si les hacemos frente adecuadamente conseguiremos madurez cultural efectiva. Quizá cueste ingentes esfuerzos y sea necesario el concurso de todas las voluntades eximias para consolidar una opinión pública bien orientada que sustente, con suficiencia, un poder público sosegado y firme. Ortega lo ha dicho: "El poder público supone siempre tras sí una opinión que sea verdaderamente pública, por tanto, unitaria, con robusta vigencia. Cuando esto no acontece, en vez de opinión pública nos encontramos sólo con la opinión particular de grupos..." Si estamos fuertemente unidos por ese deseo de sobreponer el problema, guiados por un sabio instinto de madurez cultural, habremos de preparar adecuadamente las minorías que orientarán y entusiasmarán a las masas auténticas. En este diálogo hay que contar con la capacidad intelectual y moral de los mejores, para guiar honradamente a los otros en la consecución de un gran programa común. Y cuando se ve el ánimo decidido de todos, para hacerlo, sólo cabe pensar en dos cosas: la madurez próxima de nuestra cultura y la urgencia tremenda de preparar a los dirigentes. Y es, entonces, consolador ver que uno de los puntos recomendados por este Seminario de Sociología, sea la enseñanza, en todas las facultades, de la Sociología.

# HISTORIA

## Orígenes de la Independencia Nacional en Colombia (\*)

Por GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

Miembro de la Academia Colombiana de Historia, Colegial de Número y Cronista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

En forma ejemplar y tremenda, al tenor de las drásticas leyes vigentes, fue debelado en 1782 en el Nuevo Reino de Granada el movimiento popular llamado de *Los Comuneros*, que surgió de una crisis económica agudizada por inconsultos gravámenes acompañados de indudable abuso de autoridad por parte de los subalternos de la real hacienda. Tuvo como centro de difusión, abarcando casi el ámbito nacional, las laboriosas y empobrecidas provincias del Socorro y San Gil, cuyas clases proletarias acaudilladas por las autoridades municipales, reforzadas por vecinos del *común* y por prestantes criollos de provincia, intimidaron con el ímpetu de su pujanza las menzudas y cobardes tropas oficiales.

En la capital, colofón inevitable, sufrieron infamante suplicio jefes del pueblo, de origen humilde, como José Antonio Galán, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz, cuyos cadáveres, descuartizados, fueron repartidos luego en los pueblos testigos de su valor y rebeldía. Ellos habían comprendido por vez primera en el Nuevo Reino el poder de las huestes populares y supieron hacer eco al clamor indige-

(\*) Es este el prólogo de *El Proceso de Nariño a la luz de Documentos Inéditos*, libro que aparecerá próximamente.